

*A todos los que me dejan ser.
A Raquel, por ser tan ella y tan nuestra a la vez.
Y a Ramón Paramio, para que pueda hacer una foto de la
dedicatoria y enviársela a su familia.*

EN LOS ESTADOS UNIDOS DE LA LEY SECA (1920-1933)
MUCHAS PERSONAS NO ESTUVIERON DISPUESTAS A RENUNCIAR
AL ALCOHOL. POR ESO, EN BARES Y TABERNAS PROLIFERARON
COMBINADOS ALCOHÓLICOS CAPACES DE PASAR DESAPERCIBIDOS A
LAS AUTORIDADES ENCARGADAS DE HACER CUMPLIR LA RESTRICCIÓN.
UNO DE ELLOS FUE EL *GIN FIZZ*, DE TRAGO LARGO Y CON UN GRADO
ALCOHÓLICO MODERADO. ESTE CÓCTEL, COMPUESTO
POR GINEBRA DE LIMÓN, SIROPE Y SODA, VISTO DESDE LEJOS,
PARECÍA UN INOFENSIVO REFRESCO. Y ES QUE HABÍA NACIDO CON LA
FINALIDAD DE ENGAÑAR.
AÑOS DESPUÉS, SEGUÍA DE MODA.

Uno

Desde que había finalizado la II Guerra Mundial, Estados Unidos se había convertido en el centro del mundo. El cine era el gran escaparate de una tierra que lo prometía todo y que era la vanguardia de la modernidad. Y la música, la música americana se escuchaba en todas partes, ya no solo orquestas como la de Glenn Miller, el *jazz* o el *swing*, sino que también comenzaba a nacer el *rock & roll*.

De Estados Unidos, sin lugar a dudas, destacaba Nueva York. En 1939 la antigua Nueva Ámsterdam había albergado la Exposición Universal y aunque en un primer momento la ciudad elegida había sido San Francisco, lo cierto es que hacía un año que se había inaugurado la sede de Naciones Unidas en Manhattan, en una zona deteriorada y llena de mataderos, gracias a la donación de los terrenos por parte del magnate Rockefeller. Ni Londres ni París competían ya por gozar de la mayor influencia en arte o moda y ninguna de esas ciudades poseía sus rascacielos ni ese aspecto industrial que indicaba que Nueva York era la cúspide de la modernidad.

Y, en esas calles que albergaban el esplendor de lo nuevo, el protagonista indudable era el automóvil. Ya no solo era un lujo reservado a algunos ricachones, sino que la clase media también empezaba a acceder a él. Por no hablar de la cantidad de taxis que transitaban de un lugar a otro acompañando a los clientes a su destino. A cualquier hora, los coches hormigueaban entrecruzando rutas en todas sus calles, como una invasión frenética de insectos motorizados.

Aquel sábado de 1953, sobre las once y cuarto de la mañana, uno de los semáforos de Lexington Avenue estaba a punto de ponerse en verde. Mientras esperaba, el conductor del Chevrolet Fleetline, de unos veinte años, contemplaba el contoneo de caderas de una pelirroja de traje y chaqueta gris al caminar por la acera de la derecha. La mujer se detuvo, ladeó la cabeza, le dedicó una sonrisa y mojó sus labios. Luego se inclinó ligeramente sobre sí misma para subir una de las medias, pero no retiró la mirada del joven, que abrió la boca y los ojos como si estos acabaran de quedar atrapados de forma definitiva en esa sugestiva imagen. El semáforo se puso en verde, pero el Chevrolet Fleetline no reaccionó. Su conductor continuaba observando los dedos de la mujer que acariciaban sus medias sin pudor. El Pontiac de atrás tocó el claxon y el joven tardó unos instantes en notar que los bocinazos estaban dedicados a él. Aceleró sin pensar, aún con la imagen de la seducción en sus pupilas y, al emprender la marcha, golpeó a una mujer que estaba acabando de cruzar. Era una señora menuda, de más de cincuenta años, y que se apoyaba en un bastón. Su cuerpo se tambaleó un momento, pero enseguida cayó entre la calzada y la acera y el conductor contempló horrorizado la escena. No llegó a atropellarla. Frenó a tiempo y el Pontiac de atrás lo embistió.

En menos de un minuto se montó un atasco de campeonato. Varios conductores bajaron de sus coches, los bocinazos comenzaron a multiplicarse y un guardia urbano se empeñaba en pedir calma, aunque nadie parecía fijarse en él. La pelirroja del traje gris y la media rebelde había desaparecido y la víctima del atropello permanecía tumbada en la acera mientras un hombre se agachaba a su lado para intentar reanimarla.

—Soy médico —anunció para apartar al resto de curiosos de la mujer.

El conductor del Chevrolet, Tim Brincombe, no hacía más que suplicar en voz baja que esa mujer no estuviera muerta. Cuando vio que abría los ojos, aunque solo un poco, sintió un gran alivio.

—¿Se salvará? ¿Se salvará? ¡Se lo suplico, doctor, dígame que se salvará!

—No creo que sea un golpe mortal, pero me temo que van a quedarle secuelas —le respondió el médico al tiempo que miraba el pulso de la mujer. Luego se dirigió a ella y le preguntó—: ¿Puede oírme?

—No —respondió la mujer ligeramente mareada y, tras esa escueta palabra, volvió a cerrar los ojos.

* * *

Aquella noche, tras las horas más agitadas de su vida, Tim Brincombe se encontraba en el despacho del Eden Hotel, en Long Island, con los ojos bajos ante la implacable mirada de su madre. El rumor de la marea cercana no apaciguaba los ánimos y Heidy Brincombe no ocultaba su enfado.

—¡No! ¡No podías ser más prudente! ¿Tan difícil era mirar hacia delante antes de pisar el acelerador? ¿Es que no sabes lo mínimo para poder conducir? ¡Mirar hacia delante, eso es, mirar hacia delante! —Mientras lo decía, Heidy Brincombe fingía estar conduciendo y alargaba el cuello de forma exagerada con los ojos muy abiertos, tanto que parecía un punto enloquecida; y miraba fijamente a su hijo, que no levantaba la vista del suelo.

—¡No la vi! Hay cosas que, aunque uno mire hacia delante, no las ve.

—Tienes razón. Yo lo he tenido siempre delante y no lo he visto: ¡te he malcriado! ¡Sí, sí, no hay ninguna duda! Te estoy culpando a ti y toda la culpa es mía. Vas por el mundo como si tus actos no tuvieran consecuencias. Pero eso va a cambiar. ¡Vaya si va a cambiar! Voy a dejar de ser considerada contigo. Debería haberlo hecho cuando dejaste la universidad... mejor dicho, cuando...

—¡Ha sido un accidente! —la interrumpió su hijo, visiblemente nervioso—. ¿Acaso soy el único que tiene accidentes? El semáforo acababa de ponerse en verde y el coche de atrás me estaba pitando. Además... ¡no he matado a nadie!

—Por suerte. Pero esto nos va a salir caro. Mañana tengo una reunión con el abogado de la señora Evans. Creo que ya tendrá el informe médico y, te aseguro, Tim, que vas a sudar cada dólar que me cueste esa demanda. La reparación del Pontiac, al lado de según qué indemnizaciones, puede quedar en nada. Justo ahora cuando iba a comenzar la remodelación del hotel...

* * *

En el despacho principal de la empresa de diseño y construcción Hancock, ajenos al resto de personal, se encontraban dos personas con distinto estado de ánimo. Una mujer pequeña y enjuta sonreía orgullosa de sí misma mientras un hombre de unos treinta años caminaba nervioso de uno lado a otro mientras aspiraba con ansias su cigarrillo.

Prudence Evans, la cincuentona que supuestamente en esos momentos se encontraba hospitalizada, volvió a llevarse la copa que tenía frente a ella y estiró la mano para llevársela a la boca al tiempo que miraba a Oscar Hancock.

—¿No te parece que con una copa es suficiente? —la regañó su jefe con el cigarrillo en la boca.

—Estamos de celebración —lo enfrentó ella con una sonrisa que mostraba los dientes de una fiera.

—Ni siquiera deberías haber probado el *whisky*. Ya sabes que después te descontrolas —insistió Hancock.

—Oye, hoy no me trates ni como jefe ni como si fueras mi madre. Yo podría ser la tuya. Además, me debes un favor.

—Sabes que voy a pagarte por ello.

Justo en aquel momento, Harry Sanders entró en el despacho de Hancock al tiempo que alzaba su sombrero hacia el techo y lo volvía a recoger ufano, como si fuera un acróbata real.

—Esto va viento en popa. Ya tengo el informe médico. Gracias a estos amigos se consiguen muchas cosas —dijo mientras sacaba un fajo de dólares y comenzaba a airearlos—. Y Smith hizo muy bien su papel de doctor preocupado. Sírveme un *whisky* y te lo leo.

—El falso informe médico es lo de menos —respondió Hancock llenándole una copa—. La clave no está en la indemnización, sino en la posibilidad de que Heidy Brincombe crea firmemente que su hijo puede ir a la cárcel.

—Eso será fácil. Tim Brincombe es hijo único. Seguro que su madre está muy asustada.

—Sí —intervino Prudence—, y mis dotes de actriz han sido determinantes. ¿Acaso no merezco un brindis?

Hancock retiró la copa del alcance de Prudence.

—¿No lo habías dejado?

—Precisamente por eso puedo brindar sin correr ningún peligro.

—Vamos, Hancock, Prudence se ha portado muy bien —la

defendió el recién llegado—. Deberías haber estado allí. Ha hecho un papel maravilloso. Y la pelirroja, también. Y el falso médico. La cara de Tim era de auténtico pavor. Además, yo también he disfrutado al darle ese pequeño golpe por detrás.

—Eso ha sido innecesario. No estaba previsto.

—Ya sabes, de repente he sentido la necesidad. Y, la verdad, Hancock, ha sido como poner la guinda.

—Aún no hemos puesto ninguna guinda. No hemos conseguido el contrato del Eden Hotel ni sabemos lo dura de pelar que va a resultar Heidy Brinicombe. Eso va a depender de ti, Harry. Y no me gusta tu euforia, parece como si ya lo dieras por hecho.

—Tranquilo, jefe. He estado ensayando léxico jurídico y tengo preparado un discurso con el que nadie va a dudar de que soy un auténtico letrado. Además, el informe médico asegura que la señora Evans no podrá volver a trabajar. Y nuestra pobre y querida Prudence deja a cinco criaturas sin sustento, ¿crees que no se va a conmovier?

—¡Pobre de mí! Voy a brindar por el futuro de cada uno de mis pequeñines. —Prudence alargó la mano para coger la botella de *whisky*, pero Hancock se anticipó y la retiró nuevamente de su alcance.

—Tú no tienes hijos, Prudence.

—¡Oh! ¿Y no te apena pensar que, cuando sea mayor, nadie cuidará de mí?

—No exhibas tus dotes de actriz conmigo.

Haciendo caso omiso de su discurso moralista, Harry, a su vez, le quitó el *whisky* a Hancock y sirvió otra copa a Prudence. Hancock lo miró con el entrecejo fruncido. Harry se defendió:

—En serio, amigo, se lo merece. Es más que una secretaria. ¡Qué digo! Es más que la mejor secretaria del mundo. Si alguien de Hollywood la hubiera visto, la habría contratado de inmediato.

—Espero que no estemos jugando con fuego. Quiero ese contrato. Ya no es una cuestión profesional, es personal. Sabes muy bien por qué me interesa ese hotel.

—En el fondo, eres un romántico, Hancock.

* * *

El domingo por la mañana, a la hora convenida, Harry Sanders llegó al Eden Hotel. Antes de entrar, sintió la necesidad de dar la vuelta a un arbusto colocado frente a la entrada, pero siguió sin dar por satisfecha su inquietud, así que se vio impelido a repetirlo varias veces más. Un matrimonio que salía lo sorprendió en tan absurda actitud y se vio obligado a fingir que había perdido una moneda; se agachó mientras se quitaba el sombrero para saludarlos. La pareja pasó de largo sin devolverle el saludo y Harry observó cómo se marchaban antes de subir la escalinata de la puerta principal, que llevaba a un porche semicircular rodeado de altas y blancas columnas dóricas. El hotel era de estilo neoclásico, de solo dos pisos además de la planta baja, y se extendía a ambos lados como si quisiera abrazar el paisaje. En los jardines delanteros, desde los que se veía el mar, había una gran piscina que, pocos años antes, solo había sido una fuente con distintos juegos de aspersión. El exterior ya se había modernizado y ahora le tocaba al interior. La dueña, viuda del señor Brincombe, estaba decidida. Hacía meses que lo había anunciado y, a lo largo de la siguiente semana, examinaría los proyectos que le fueran presentando los distintos candidatos.

Un recepcionista acompañó a Harry hasta el despacho de Heidi Brinicombe y lo anunció antes de indicarle que pasara. La señora Brinicombe echó un vistazo al reloj, se levantó de su asiento y observó al recién llegado.

—Llega pronto.

—Supongo que tendrá interés en resolver el asunto cuanto antes.

Ella suspiró, fijó su mirada en un punto de la pared y, al cabo de unos instantes, volvió a mirarlo con severidad.

—¿De cuánto estamos hablando, señor Sanders?

—Podría no costarle nada si estuviera dispuesta a colaborar.

—¿Nada? ¿Y mi hijo se libraría de la cárcel? —preguntó con las cejas arqueadas en clara demostración de su incredulidad.

—Completamente. ¿Puedo sentarme?

—Siéntese. Y disculpe que desconfíe de sus palabras.

Ambos se acomodaron en un apartado en el que había un sofá, dos sillones y una mesa redonda de cristal. El rostro de la mujer mostraba verdadera intriga por lo que tuvieran que decirle.

—Verá, señora Brinicombe. El caso de Prudence Evans es muy triste, sobre todo si pensamos en sus cinco hijos, pero la cuestión es que tiene otro problema mayor.

—¿Qué tipo de problema?

—Debe un favor muy importante a Oscar Hancock. Una deuda de la que prefiere no revelar ni un dato más.

—¿Hancock de la firma Hancock?

—Ese mismo. Su empresa va a presentar un proyecto para remodelar este precioso hotel. Por suerte, él también es mi cliente. Prudence Evans, y hablo como su representante,

está dispuesta a retirar toda denuncia contra su hijo si usted, por su parte, se decanta por el proyecto de Hancock.

—¿Tan importante es esa deuda?

—Como le he dicho, es un asunto privado sobre el que no estoy autorizado a hablar. Sin embargo, creo que la oferta que le estoy haciendo le interesa. Al fin y al cabo, usted va a remodelar su hotel y la firma Hancock le ofrece garantías. Su empresa es una de las más solicitadas de Nueva York.

—Eso es cierto, pero ya he pedido a otras firmas que presenten sus proyectos.

—Puede anular esas citas.

—No lo entiendo —dijo al tiempo que movía la cabeza en señal de negación—. ¿Por qué la señora Evans está dispuesta a renunciar a su indemnización a cambio de que yo acepte el proyecto de Hancock?

—Ya le he dicho que se trata de algo confidencial. Sin embargo —añadió al tiempo que sacaba unos documentos de un portafolios y se los entregaba—, como ve, ella misma lo ha estipulado por escrito. No le estoy ofreciendo solo su palabra.

* * *

Oscar Hancock caminaba de un lado a otro del salón de su apartamento en el Upper East Side. Miraba de vez en cuando una fotografía de sus padres que lucía en el portarretratos colocado al lado del teléfono, aunque también se le escapaba alguna ojeada al aparato. Pero no por ello conseguía que sonara. Harry le había prometido contactar con él en cuanto terminara la conversación con Heidy Brincombe y estaba ansioso por conocer los resultados.

Hacía media hora que la señora Banning, su asistente, se

había marchado. Antes, le había preparado una infusión para que se relajara, pero él no se la había tomado. En esos momentos estaría enfriándose sobre la mesa de la cocina.

No fue el teléfono lo que sonó, sino el timbre de la puerta. Hancock acudió a abrir nervioso, pero la sonrisa de Harry lo tranquilizó.

—¿Dudabas de mí? ¡El proyecto es nuestro!

—¿Así de fácil?

—Bueno, desea verlo y dar su visto bueno. Pero, a poco que le guste, nos dará el sí. Supongo que, si objeta algo, a ti no te importará cambiarlo.

—Confío en el proyecto. Sabes que le he dedicado todo mi empeño desde que anunció sus intenciones.

—Sé que ahora vas a poner un «pero».

—No, he dejado atrás los escrúpulos. No puedo jugarme este proyecto. Lo quiero. Más que quererlo, lo necesito, y ya sabes por qué.

—Sí, fue en el Eden Hotel donde se conocieron tus padres. Buscas un homenaje al amor que los unió. Y cada vez pienso que es más porque tú no lo has encontrado. Ni Cindy ni Karen ni la rubia aquella...

—Mauren.

—Ni Mauren fueron las mujeres que esperabas. Cindy era un poco asfixiante, quería controlarte demasiado. Y Karen, bueno, a esa le gustaba tu dinero. Y Mauren...

—Con Mauren nunca llegué a tener nada, solo éramos amigos. No lograba despertar ningún interés en mí.

—Aunque realmente no sé qué esperas en una mujer. Yo estoy casado con una a la que le encanta controlarme y que exprime mi cuenta corriente. Cada vez se parece más a su madre, así que lo único que cabe esperar es una mujer que

no haya tenido madre y eso, querido amigo, no creo que vaya a ser posible.

—Sanderssss...

—En fin, lo que quiero decir es que te sobran tanto el dinero como el prestigio y que, si no tuvieras un motivo personal tan importante, no sobornaríamos a Brinicombe.

—Lo que me preocupa es que nunca podré saber si mi proyecto era el mejor.

—Hasta ahora, todo lo que has conseguido es por mérito tuyo. Sabes muy bien que todo aquel que quiere remodelar algo en Nueva York te busca a ti.

—Excepto el último contrato.

—No tiene nada que ver. En esa ocasión fue una casualidad que nos encontráramos al señor Gilmour en aquel local de travestidos. Estaba dispuesto a firmar cualquier cosa con tal de que el asunto no fuera a la prensa.

—¿Encontráramos? ¡Yo no voy a esos sitios! —le recordó al tiempo que hacía un gesto despectivo.

—Y yo solo entré porque sentí que debía hacerlo.

—Sí, me sé todas tus manías —se burló. Harry Sanders siempre sentía un impulso inoportuno en el momento menos adecuado y eso era algo que le había traído más de un quebradero de cabeza.

—No son manías. Si mi voz interior me pide que haga algo y no lo hago, sucede algo terrible. Una vez intenté ser racional, como tú dices, y no hacer caso, pero ese mismo día Melissa tuvo un accidente doméstico. —Suspiró como si lo reviviera—. No, no voy a poner en juego ni mi salud ni la de mi familia. Y, sinceramente, me importa un bledo que no lo entiendas —añadió mientras lo retaba con la mirada, pero Hancock ya parecía no hacerle caso—. En fin, me voy, que

es domingo y Melissa y los gemelos me esperan. Creo que puedes darte por satisfecho con lo que hemos conseguido. El proyecto es tuyo.

Dos

Olivia Joyner fue a la cocina para servirse otro café. Llevaba la bata abierta sobre un pijama de satén. El cordón le colgaba de un lado y casi lo arrastraba por el suelo. A pesar de llevar el cabello despeinado, las puntas castaño claro de su media melena siempre se ondulaban hacia fuera. Tenía los ojos grandes, y muy azules, pero sobre todo expresivos. Y una nariz pequeña y respingona sobre unos labios no demasiado gruesos, pero bien perfilados. Cuando sonreía, recordaba a Debra Paget, aunque su figura era menos exuberante que la de la actriz. Había algo en ella de esos rasgos mediterráneos que había heredado de su abuela, que era italiana, aunque hacía poco por sacarse partido. No deslumbraba de golpe, sino que poseía una belleza que iba apreciándose despacio, como un lucero en la tarde y que, de pronto, sin saber cómo, comienza a resplandecer en la noche. Annie la miró como si fuera a regañarla.

—Señorita Joyner, ¿para qué estoy yo? Si usted desea un café, debe pedírmelo y yo se lo traigo. Si no, hará que sienta que no sirvo para nada. Y Annie sirve para muchas cosas.

Olivia se acercó a ella y la besó en la mejilla. Annie era extremadamente servicial. A sus casi sesenta años, guardaba la vitalidad de una mujer joven.

—No podría vivir sin ti, y lo sabes. Y deja de llamarme señorita Joyner, Annie, llámame Liv. Eres más que una criada, eres mi amiga. Y no te preocupes por si me levanto o me siento, me viene bien mover las piernas. Este proyecto me tiene absorbida, pero quiero hacer algo brillante. Quie-

ro impresionar a Heidy Brinicombe y que no le quede más opción que inclinarse por mi propuesta.

—¡Oh, señorita Joyner, estoy convencida de que lo va a conseguir! Si quiere salir de dudas y quedarse tranquila, le puedo leer el futuro en los posos del café.

Olivia la miró de forma condescendiente. Annie, como todas las personas afroamericanas que conocía, creía en ese tipo de supersticiones. En varias ocasiones había tratado de razonar con ella que no tenían base científica, pero estaba claro que a Annie eso no le importaba.

—Si me llamas Liv.

—¡Oh, señorita Liv! Hace mucho tiempo que tengo ganas de hacerlo.

—Liv, sin señorita.

—Sí, señorita Joyner, es decir, Liv.

Olivia sonrió y regresó a la mesa del comedor, donde tenía todo el despliegue de planos, informes, tanto descriptivos como técnicos, bocetos de muebles e incluso fotografías en color de algunos detalles, como telas o los cuadros con los que pensaba decorar el salón principal. Dejó la taza de café a un lado y volvió a centrarse en toda la documentación. Al día siguiente, lunes, a primera hora, tenía la entrevista con la señora Brinicombe, así que debía centrarse en que todo estuviera perfecto.

Revisaba los detalles una y otra vez, no quería volver a fallar. Los dos últimos proyectos se los había llevado la firma de Oscar Hancock y no deseaba volver a oír ese nombre. Aunque no lo conocía, se había convertido en su enemigo. Al primer proyecto tal vez hubiera debido pulirle ciertos detalles, pero el segundo, el que le enseñó al señor Gilmour, lo consideraba inmejorable. No veía qué había podido fa-

llar. Se había ceñido a las instrucciones y había creado algo bello y funcional. Más que bello, bellísimo. Y, sin embargo, Hancock había vuelto a ganar. Era cierto que la firma Hancock tenía más prestigio. Llevaba más tiempo en ese mercado y tenía una merecida fama de calidad. Pero ella también era buena, muy buena, y se estaba labrando un nombre a fuerza de trabajo y tesón. Esperaba que su anonimato no supusiera ninguna traba. Tenía que conseguirlo. Lo conseguiría. Estaba segura.

Annie se acercó a retirar la taza de café. Olivia ni se dio cuenta, enfrascada como estaba en los papeles. Al cabo de unos segundos, la oyó decir:

—¡Uy, señorita Joyner Liv! Veo algo que no se va a creer. Pero no se me asuste, es una buena noticia.

—Sorpréndeme, Annie —respondió Olivia sin prestarle demasiada atención.

—El amor llama a su puerta, señorita. Y usted no va a poder escapar. Y todo va a ser por este proyecto —dijo al tiempo que señalaba los papeles desperdigados sobre la mesa.

Olivia la miró divertida.

—Brinicombe es una mujer. Se llama Heidi Brinicombe, así que me parece que tus augurios van mal encaminados.

—¿Y tiene hijos?

—Uno de veinte años, Timothy. Demasiado joven para mí. Ya no me hago ilusiones de encontrar un marido —suspiró.

—Cinco años más joven no es demasiado joven, señorita Joyner.

—¿No hemos quedado en que ibas a llamarme Liv?

—Usted me pide demasiado esfuerzo. Soy una persona de costumbres, no me vaya a hacer cambiarlas ahora.

—Pensé que teníamos un pacto —bromeó.

—No sé yo... Usted conocerá a un hombre y se casará con él. Y Annie tendrá que buscarse otro trabajo.

—No voy a casarme con nadie, Annie. Ya no tengo esperanzas. Sabes que dedico cada minuto a mi carrera, seré una vieja solterona. Y comeré chocolate, me pondré de mal humor y nadie me aguantará. Tu puesto está asegurado por mucho tiempo.

—Pues los posos del café no mienten. Y yo pienso, señorita Joyner, que una mujer de su edad ya debería estar casada.

—Hoy parece empeñada en recordarme mi condición, como si no tuviera suficiente con los desvelos que me ha traído este proyecto. No puedo hacerlo todo a la vez, Annie, y a los hombres no les gustan las chicas que tienen inquietudes profesionales. Además, creo que el matrimonio está mitificado: fijate en Gilda. Yo nunca la he visto tan activa como desde que quedó viuda de su segundo marido. Hace quince años no era tan... extravagante.

—No creo, señorita Joyner, que Gilda sea su ejemplo a seguir. Por muy extravagante que me la dibuje. Hágame caso a mí y búsquese un marido que la quiera.

* * *

El lunes por la mañana Olivia se despertó ansiosa. Arrancó del calendario que tenía colgado en la pared de su habitación la papeleta que ponía 21 de marzo de 1953 y dejó a la vista la del 22 de marzo. El día anterior no se había fijado en que ya era primavera, pero ahora no solo lo vio, sino que lo sintió, como si muchas flores le crecieran dentro. Esa sensación se llamaba entusiasmo, ilusión, esperanza, y llegaba hasta la comisura de sus labios para dibujarle una sonrisa. Como si una nueva época se abriera para ella.

Se duchó después de desayunar y, a continuación, se puso el vestido azul marino que había escogido el día anterior tras muchas dudas. El cuello estaba abierto hasta el inicio de los hombros y las mangas largas se ceñían con botones a sus muñecas. Era ajustado al cuerpo hasta la cintura, que rodeaba un cinturón con una gran hebilla redonda central. La falda, de circunferencia completa, se abría con una caída flexible hasta los tobillos. También se calzó unos zapatos de tacón moderado de color amarillo, del mismo tono que el abrigo, y escogió un bolso en azul oscuro. Antes de darse por satisfecha, dudó sobre el color de los guantes, pero finalmente optó también por unos amarillos. De todos los que se había probado que pudieran dar una impresión de persona elegante, Annie le aseguró que era el par que mejor le quedaba, aunque ella hubiera optado por llevarlos del mismo color que el vestido. Antes de salir, se miró en el espejo y colocó tras su oreja un mechón de su melena castaña que se empeñaba en tener vida propia.

Estaba nerviosa, pero también satisfecha. Sabía que en su carpeta llevaba un trabajo bien hecho y, además, era la primera en presentarle el proyecto a la señora Brincombe. Y eso, si lograba impresionarla, era una ventaja, porque ya no miraría los demás con los mismos ojos.

Sin embargo, cuando llegó se sintió insegura. Heidi Brincombe la miraba apenada desde la mesa de su despacho y Olivia pensó que eso no era un buen presagio.

La observó bien. La señora Brincombe era una mujer que conservaba su belleza, a pesar de haber sobrepasado los cuarenta. Era alta, estilizada y no solo vestía ropa elegante, sino que todos sus gestos también lo eran. Llevaba el cabello rubio recogido en un moño informal y unos mechos-

nes sueltos la hacían parecer más joven. Al principio tardó en hablar. Parpadeaba nerviosa y no sabía cómo empezar, finalmente, cuando Olivia ya se hubo sentado, lo hizo.

—Lamento mucho no haber podido avisarla, señorita Joyner. He llamado a su oficina y su secretaria me ha dicho que vendría directamente aquí. Cuando la he telefoneado a su apartamento, ya era demasiado tarde.

—¿Avisarme de qué? Si está usted ocupada, puedo esperar, no me importa...

—No, no es eso. No estoy ocupada, solo es que ya me he decidido por uno de los proyectos y estoy cancelando todas las entrevistas. Lamento que haya tenido que venir...

—¿Ya se ha decidido por uno? —la interrumpió—. Pensé que hoy empezaba a verlos... Y pensé también que yo era la primera en poder entrevistarme con usted y defender mi trabajo —dijo al tiempo que dejaba la carpeta sobre su mesa y la miraba a la espera de un comentario que la corrigiese.

—Así era. Y no sé cómo disculparme. Llevo toda la mañana anulando el resto de citas, pero en su caso no he podido hacer nada. Lamento haberla hecho venir hasta aquí para nada.

—No me molesta haber venido hasta aquí... Pero he invertido muchas horas y mucho trabajo en este proyecto. No puede decirme ahora que ni siquiera va a verlo. Piense en las noches en vela, las ilusiones, el esfuerzo...

—Y me gustaría compensarla por ello, se lo aseguro, señorita Joyner, pero no sé cómo.

—Pues échele un vistazo a lo que yo le presento y, si efectivamente piensa que el otro es mejor, rechácame. Sé perder, pero no sé quedarme sin luchar.

Heidy Brincombe bajó los ojos y alcanzó la carpeta. La abrió y la ojeó. Al principio sin ganas, más bien con la in-

tención de no ofender más a la señorita Joyner o de no observar su mirada de decepción. Pero a medida que fue pasando las páginas del proyecto, sus ojos se abrieron más y luego comenzaron a delatar cierto pesar.

—Es precioso. Funcional, elegante y bonito, tal como había pensado. Ha sabido captar la esencia del entorno y de la tradición y, sin embargo, se ve moderno.

—¿Le gusta más que el que ha escogido? —preguntó Olivia esperanzada.

—Si le soy sincera, señorita Joyner, todavía no he visto el proyecto que he contratado —admitió con un suspiro, aunque enseguida se arrepintió de haberle dado esa información.

—¿Cómo que no lo ha visto? ¿Y con qué criterio lo ha escogido? ¿Y por qué, si es así, nos niega a los demás la posibilidad de competir?

La señora Brincombe volvió a suspirar y dudó antes de hablar.

—Ha sido una decisión basada en aspectos personales. No podía ser de otra manera. No tiene nada que ver con la calidad de su proyecto, señorita Joyner. Ha hecho usted un buen trabajo. Ha pensado en todos los detalles. Me encantan los cuadros que ha elegido para decorar el salón principal —comentó al tiempo que cogía una fotografía en color de uno de los lienzos y lo contemplaba detenidamente—. Es usted muy buena.

—Si ya lo tenía decidido, no entiendo por qué ha jugado usted con mis esperanzas y mi tiempo, al igual que con las esperanzas y el tiempo de los demás, aquellos cuyas entrevistas está anulando.

—Tiene derecho a enfadarse, es cierto, pero le aseguro

que se trata de una situación que me ha sobrevenido. No le voy a dar detalles, es algo personal y considero que no le interesa a nadie. Cuando pedí propuestas, no tenía ni idea de que esto iba a ocurrir. Pero la vida no puede preverse, a veces suceden cosas que lo cambian todo. Lo lamento, lo lamento mucho. Solo quería consolarla diciéndole que es usted una gran profesional.

—No me consuela, señora Brinicombe.

—Me lo imagino. De todas formas, quería que usted lo supiera. O yo necesitaba decírselo. Y le aseguro que, si en algún momento decido hacer otra remodelación o redecorar mi casa, contaré con usted. ¿Me permite que me quede con la fotografía de este cuadro? No entiendo mucho de arte, pero es realmente decorativo.

Olivia se la entregó de mala gana al tiempo que empezaba a recoger los documentos que estaban sobre la mesa y los devolvía a la carpeta.

—Espero que le hagan algo bonito. El hotel es precioso y está muy bien situado —comentó resignada.

—Estoy muy orgullosa de él. Lo quiero casi tanto como a un hijo. —Aunque no reconoció que a un hijo se le quiere más, y que ese era el motivo por el que ahora estaba ignorando las propuestas que había solicitado.

—¿Puedo, al menos, saber qué firma va a encargarse de todo?

—¿Cambiaría algo esa información?

—No, supongo que no, pero a una derrotada le gusta saber quién la ha vencido.

—Las circunstancias, señorita Joyner, solo las circunstancias. No creo que el proyecto de Oscar Hancock logre gustarme tanto como el suyo.